

A QUEMARROPA

www.semananegra.org



GIJÓN, 12 de julio de 2014 • DIARIO DE LA SEMANA NEGRA • DECANO DE LA PRENSA NEGRA MUNDIAL • ÉPOCA XXVII • GRATUITO • Nº 9

GRANDÍSIMOS CRONOPÍOS

DÍA DE PREMIOS Y HOMENAJES EN LA SN



todos los cuentos
el cuento



HOY SE REGALA

el libro *todos los cuentos el cuento*, que se presentará a partir de las 21:00 h. en la Carpa del Encuentro. Hasta final de existencias.

NEGRA
INDIGESTIÓN

Por José Manuel Paradelo Gil

Página 6

FINALISTA DEL CONCURSO DE
RELATOS NEGROS SEMANA NEGRA 2014

El recorte

por VÍCTOR MUIÑA FANO

Las diez noches de la semana

Es público y notorio que, cuando los espacios culturales de la Semana Negra echan el cierre a eso de las diez de la noche, la vida sigue abriéndose paso en el ferial. De hecho, «abrirse paso» es, posiblemente, la mejor descripción que puede hacerse de la entrada en el recinto de las miles de personas que a esas horas llegan para abarrotar los terrenos de la Naval. La expresión evoca, además, a algún documental sobre la vida salvaje, lo cual viene muy bien para la ocasión. Porque lo cierto es que, pa-

seando por la grava sobre la que se ha instalado la efímera zona de ocio nocturno del festival, uno se da cuenta que los gijoneses y la propia Semana Negra hemos cambiado mucho a lo largo de los últimos treinta años.

A base de deambular por la zona más popular del festival, había acabado por convencerme de que la misma división que se hace patente al pasear de noche por los diferentes barrios de la ciudad, poblados por músicas y gentes que cada vez tienen menos cosas en co-

mún, se había extrapolado directamente a las carpas instaladas alrededor del Escenario Central. Sin embargo, uno de los responsables del pequeño espacio nocturno en el que yo me encuentro más a gusto me hizo mirar alrededor y darme cuenta de que estaba equivocado: incluso dentro de sus dominios, donde yo creía estar a salvo, el sonido de las guitarras no podía detener la avalancha de proselitismo sabrosón que arrecia por los cuatro costados. Por un momento me pareció estar en una aldea gala huérfana de poción mágica, viendo desde la empalizada cómo los romanos montaban una fiesta.

Pero, ¿y si ambos tenemos razón y, en realidad, el panorama es aún más funesto? ¿No es posible que estemos en retirada —como mantiene él— y eso sea, precisamente, un reflejo fiel de lo que ocurre en la ciudad —como mantengo yo—? Porque, citando a un clásico, aunque estoy dispuesto a defender con mi vida el derecho de las personas a escuchar reggaetón, caray, he de ad-

mitir que todo lo que le acompaña me gusta tan poco como él. Si me permiten una píldora de humor negro, ya que están ustedes leyendo el pequeño periódico de un certamen dedicado a su literatura, creo que, al menos, esto puede tener un efecto beneficioso para el festival: incluso los críticos que denuncian las incompatibilidades entre el ambiente nocturno de la Semana Negra y su lema cultural, las historias sobre crímenes, admitirán que últimamente cada vez más visitantes abandonan el recinto con ganas de comer algo. Tal es el efecto de esa machacona percusión de la que parece imposible sustraerse.

Quizá es el signo de los tiempos. Hoy en día, ¿a quién no le apetece, aunque sea un poquito, cometer un delito? Una falta leve contra el orden establecido, por lo menos. Y a pesar de ello, incluso en este periodo tan desasosegante hay quienes miran hacia otro lado y continúan con su labor. Más o menos asequibles al desaliento, el caso es que perseveran.

La Semana Negra es muchas cosas, lo hemos venido diciendo aquí a lo largo de los últimos días. Entre otras, un reflejo de la sociedad en general y de su ciudad en particular. Un festival inclusivo que nos acepta, a nosotros los gijoneses, tal y como somos; sin embargo, cabe preguntarse si últimamente, a la Semana le gusta tanto como al principio lo que estamos haciendo con ella o si, por el contrario, el paso de los años nos ha distanciado.

Sinceramente, creo que si pudiera hablar, nos diría que está disgustada con nosotros; que no somos lo que éramos y, en nuestro aislamiento, nos estamos dejando comer la tostada. Me la imagino, ya cerca de la treintena, observándonos con el gesto torcido, barrruntando que el verdadero problema es que, en plena era de la comunicación, no bebemos, no cantamos y no hablamos los unos con los otros. En definitiva, que no nos reconocemos como iguales, aunque lo seamos.



EXPRESSIONISMUS

Si hay alguien con la imaginación suficiente para retratar mi Museo, no para fotografiarlo, sino para representarlo en su esencia, revelando su alma única en la multiplicidad, ese alguien está precisamente estos días en la Semana Negra. Alguien que no solo tiene la imaginación, sino, sobre todo y por encima de todo, el *estilo*. El único estilo concreto, justo y necesario, para poder plasmar por medio de su lápiz, de su pluma y su pincel esta casa de locos

descamisados, este almacén de posibilidades imposibles, exhibición de lo que no se puede ver, salvo, quizás, por el rabillo del ojo. Naturalmente, ese artista se llama **José Muñoz**. Es, y se lo dice el Capitán Spaulding, el Gran Explorador, el más grande creador vivo de literatura gráfica secuencial. Eso también llamado cómic, noveno arte, novela gráfica, historietas e incluso tebeo. Y uno de los mejores ilustradores y artistas de todos los tiempos.

José Muñoz es «el capitán de la lí-

nea expresionista» en el cómic, dice un maestro que de esto sabe algo. Yo no puedo sino estar de acuerdo. Porque el expresionismo es también la única manera de representar el mundo en su verdadera esencia. En su intimidad grotesca, tierna, siniestra, tragicómica, patética, divertida, irónica, cruel, sarcástica y romántica. El claroscuro, la mancha, la línea que nunca es recta, el temblor, la deformidad y la deformación. Espejos convexos, ventanas esmeriladas, luz al final del túnel, oscuridad, oscuridad, oscuridad. Mi Museo es un nuevo Gabinete de Caligari, en el que las criaturas expuestas han devorado a su guardián, y se pasean sueltas por la jungla del inconsciente colectivo. Sólo con mucho esfuerzo, consigo todas las mañanas que las fieras vuelvan a sus jaulas, hasta la medianoche. Y conste que yo no creo en el «cine expresionista alemán», sino en películas expresionistas alemanas... Pero ésa ya es otra historia. El caso es que el Expresionismo, así, con mayúscula de movimiento ar-

tístico, y el expresionismo, con minúscula de estilo y forma eternas de ver y ejecutar el arte, son la clave bien temperada para entender o, al menos, sobrevivir al universo. Es curioso cómo un medio popular, el tebeo, ha hecho que la estética expresionista, tantas veces difícil de aceptar en primera instancia —¿cómo soportar, así, sin previo aviso, los torturados personajes de **Max Beckman**, de **Otto Dix**, de **George Grosz**, de **Emil Nolde**, **Ensor** o **Edvard Munch**?— se introduzca en las vidas cotidianas de todos. En las páginas de prensa, las portadas de los libros, la publicidad, los escaparates, las revistas de cómic... Aunque lo cierto es que, ya desde sus primeros tiempos, la historieta tuvo escarceos amorosos con el Expresionismo. Pensemos en **Lyonel Feininger**, en **Franz Masereel**, **Otto Nückel**, **Werner Gothein** o **William Gropper**, entre otros.

Lo extraordinario es que no fue tanto de esos experimentos vanguardistas de la época expresionista como de las *comic strips* americanas de puro

entretenimiento, creadas por gente como **Chester Gould** o **Milton Caniff** en los años treinta, de donde surgió esa escuela «expresionista» de trazo y pincel libres, esquematismo gráfico, deformación caricaturesca, contraste de luz y sombras, de blanco y negro, que, a través de **Frank Robbins**, **Bob Kane**, **Jack Kirby**, **John Romita**, **Joe Kubert**, **Alex Toth** o, en otro registro, el mismísimo **Will Eisner**, alcanzará su máximo esplendor y depuración casi abstracta en Argentina y Europa con **Hugo Pratt**, **Alberto Breccia** y, finalmente, José Muñoz, quienes volvieron a las raíces mismas del Expresionismo, para convertir el cómic en vehículo privilegiado de su visión del mundo. Lo que está arriba como lo que está abajo. José Muñoz es el Último Expresionista. El eslabón reencuentro, que no perdido, entre la Vanguardia, enterrada hoy en los museos, y la Historieta, viva y gritando sus verdades a los cuatro vientos desde las viñetas. Como un famoso personaje de Munch... convertido ahora en camiseta.

AYER, EN LA CARPA BIBLI OASTURIAS.COM...

...hubo cuentacuentos, charlamos con **Dolores Redondo**; **Fernando López** presentó *Odissea del cangrejo*, charlamos a dos voces sobre la novela que viene con **Carolina Solé** y **Noemí Sabugal**; **Carlo Frabetti** nos trajo sus *Malditas matemáticas* y conocimos la historia y el presente del Día de la Cultura.



ASOCIACIÓN SEMANA NEGRA

Presidente: Susana Quirós
Tesorero: Ceferino Menéndez

Director del Comité Organizador SN:
José Luis Paraja

A QUEMARROPA

Dirección: Pablo Batalla Cueto

Redacción: Christian Bartsch
Víctor Muíña Fano

Colaboradores: Ángel de la Calle
Rubén Vega
Jesús Palacios
Javier Cayado Valdés
Eduardo Morales

Fotografía: José Luis Morilla

Preimpresión: Morilla Fotocomposición

Imprime: Imprenta Mercantil

HOMENAJE A UN GRANÍSIMO CORTÁZAR

El momento cumbre de la tarde de ayer, y tal vez de toda esta XXVII Semana Negra, fue el homenaje que ayer se rindió, en la Carpa del Encuentro, a **Julio Cortázar**. Seis personas relacionadas de uno u otro modo con el inmortal escritor argentino participaron en él: **Luis Sepúlveda**, que le conoció; **José Muñoz**, que dibujó una de sus obras —*El perseguidor*— y lo hizo protagonista de la que, según **Ángel de la Calle**, que moderó la charla, es su mejor novela gráfica, *Sudor sudaca*; **Daniel Mordzinsky**, que lo fotografió; **Elia Barceló**, gran fan del escritor y a quien se debe la idea original de hacerle un homenaje en la Semana Negra, y **Matt Madden**, historietista estadounidense también aficionado a Cortázar y que, como él, acostumbra a practicar juegos literarios y gráficos en sus obras. También estuvo presente **Alfonso Mateo-Sagasta**, cuya tarea fue leer, «con su voz radiofónica» (De la Calle *dixit*), un extracto de *Historias de cronopios y de famas* y dos cartas escritas por Cortázar, una dirigida a **Gabriel García Márquez** y otra a **Felisa Ramos**, la última que escribió, en enero de 1984.

El más locuaz de todos fue Luis Sepúlveda, que proclamó que «no hubo revolución más grande en mi vida que la lectura de *Rayuela*» y contó la historia de cómo fue conociendo a Cortázar en sucesivos encuentros fugaces en diversos lugares del mundo —Santiago de Chile, Managua, Hamburgo— a lo largo de unos diez años, en todos los cuales Cortázar, que tenía «memoria de elefante», siempre se acordó de aquella «joven promesa» que le habían presentado y a la cual había dicho, burlón, «no dejés que te llamen joven promesa». El encuentro definitivo que los hizo amigos, narró Sepúlveda, se produjo finalmente en un urinario de París, en el cual *Lucho* reunió el valor de decirle a Don Julio: «Quiero, tengo que hablar contigo». Don Julio respondió «¿Es largo?», y tras la respuesta afirmativa del joven Sepúlveda lo invitó a su casa, cerca del canal de Saint-Martin, a la cual acudió, puntual, al día siguiente. Allí, mientras tomaban mate, Sepúlveda recordó que, enfrente del edificio, ambos vieron a una vecina sacudiendo un edredón por la ventana. Cortázar le preguntó: «¿Qué vemos?». Sepúlveda respondió: «Una mujer que

sacude un edredón». Cortázar insistió: «¿Qué cae?». Sepúlveda respondió: «Bueno, se calcula que, mientras dormimos, perdemos unos cincuenta gramos de piel muerta y cabello...». Sepúlveda contó que Cortázar, entonces, negó con la cabeza y le dijo: «¡No! Lo que cae son pedacitos de sueños, que, si bajamos y los recogemos, podemos volver a armar...».

Sepúlveda contó también que, cada vez que va a París, se acerca al cementerio de Montparnasse, donde está enterrado el escritor, enciende dos Gitanes sin filtro, coloca uno en una ranurita que hay en la tumba de Cortázar y le cuenta «que la vida sigue siendo intensa y bonita».

Otra anécdota parecida a la de cómo Luis Sepúlveda conoció a Cortázar la contó Daniel Mordzinsky, que cuando, siendo joven, presentó su primera exposición de fotografía en París, buscó en un listín telefónico el número del escritor, le llamó y reunió el valor de decirle: «Hola, Julio, me llamo Daniel, no soy nadie, nunca hice nada, pero sería el pibe más feliz del mundo si vinieras a mi exposición», y que unas horas después, el mismísimo Cortázar se presentó allí.



Mordzinsky dijo también de su ídolo que, gracias a él, «lo absurdo cobró sentido y los raritos empezamos a creer que había en el mundo un sitio para nosotros». José Muñoz, a su vez, dijo de sí mismo que era un «ilustrador ilustrado por Cortázar» y que Cortázar le enseñó «los vericuetos del humor, cómo mostrar la tragedia a través del humor». Matt Madden, que «cuando lees cualquier cuento de Cortázar, hay un momento en que algo hace clic en tu cabeza, y de pronto todo ha

cambiado, y ya no confías en tu visión del mundo».

Elia Barceló fue breve. «Soy», dijo, «la única de esta mesa que no le conoció personalmente, sino únicamente a través de su palabra». Contó, también, que nunca ha ido a ver su tumba en Montparnasse porque «Cortázar no está ahí, sino en sus cuentos, en esos cuentos que dejan cicatrices de las buenas al leerlos, y lo que vale la pena para no olvidar que existió es leerlo».

Edmundo Shtrum

HOMENAJE A DOS APÓSTOLES DEL LIBRE PENSAMIENTO

Los fantasmas de dos apóstoles de la libertad planearon ayer por la Carpa del Encuentro en distintos momentos de la tarde. **Miguel Servet** lo hizo de la mano de **José Luis Corral**, que acaba de publicar *El médico hereje*, una novela basada en la figura de ese «hombre extraordinario y adelantado a su tiempo» de origen aragonés que fue quemado en la hoguera en 1553 por publicar *Restitución del cristianismo*, auténtica cumbre del libre pensamiento renacentista en la cual Servet cuestionaba todos los dogmas del cristianismo, incluido el de la Santísima Trinidad. Servet fue ajusticiado por ese libro que enfureció a **Juan Calvino**, «su contrapunto y antagonista»; no, como siempre han repetido los libros de texto de historia de España, por descubrir la circulación de la sangre, subrayaron Corral y su presentador **Rafa González**.

En la apenas media hora que duró la presentación, Corral, historiador y profesor, hizo un rápido sobrevuelo por la vida de Servet, un hombre «innovador, tozudo y tenaz» y un «gran intelectual y trabajador incansable» de quien dijo que puso en marcha «la primera seguridad social europea» —impulsó en Viena del Ródano un servicio de médicos gratuitos para gente humilde— y «hoy estaría encabezando las manifestaciones en defensa de la sanidad gratuita». Su vida, ciertamente, es una novela en sí misma: además de un antagonista, Calvino, con quien Servet «había compartido colegio mayor», las peripecias del médico aragonés incluyen una huida de la cárcel en la que fue confinado condenado como hereje —huida que, según parece, habría contado con la ayuda del arzobispo de Viena del Ródano, **Pedro Palmier**, y del jefe de policía local, a cuya hija Servet había curado de una grave enfermedad—; su provocativa reaparición, cuatro meses después —periodo del cual no se conoce absolutamente nada de la vida de Servet—, en un mitin de Calvino en agosto de 1553; un segundo juicio en el cual Servet defiende apasionadamente sus ideas; y su condena definitiva a la hoguera, que esta vez se

hace efectiva. Fue la segunda vez que se quemó a Servet; hubo otras dos: una anterior en effigie, en forma de muñeco de paja, y una tercera en 1941, cuando los nazis invaden Francia y una estatua suya de bronce que se erguía en Annemasse fue, también, fundida.

Servet fue, dijo Corral, «un luchador de la libertad». En términos parecidos se expresó **Francesc Escribano** sobre su biografiado, **Antoni Benaiges**, sobre el cual ha publicado *Antoni Benaiges, el maestro que prometió el mar*. El libro cuenta la historia de un maestro de escuela catalán que, destinado en 1936 a una pequeña aldea de la montaña de Burgos, cuyos niños no habían visto jamás el mar y se lo imaginaban como «una cosa muy honda, como dos veces la veleta de la torre de la iglesia y dos metros de largura». Según fue contando Escribano, Benaiges, considerando que no conocer el mar era una «carencia inadmisibles», propuso a los chavales llevarles en verano a su pueblo de la costa catalana. Fue a buscarlos, siguió contando Escribano, el 17 de julio de aquel año, exactamente el día antes del golpe de Estado que dio inicio a la guerra civil española, y fue fusilado allí mismo poco después, permaneciendo en una fosa común hasta hace algunos años, cuando sus restos fueron exhumados para emoción de aquellos niños hoy ya ancianos, que nunca olvidaron a su maestro.

La consejera de Cultura del Principado de Asturias, **Ana González**, que presentó a Escribano, elogió el libro diciendo que contribuye a recordar «acciones individuales que, no por modestas, dejan de ser heroicas». Benaiges, que fue despojado póstumamente, ya durante el franquismo, de su título de maestro —«querían matar su alma además de su memoria»— hizo, como proclamó un emocionado Escribano, lo más subversivo que existe: «prometer el mar, que no deja de ser prometer la libertad, explicar a los niños que pueden soñar, que pueden ser libres».

Edmundo Shtrum

HOMENAJE A UN TITÁN DE LA HISTORIETA

La Semana Negra regaló ayer el primero de los dos libros con los que este año ha querido obsequiar a todos aquellos feligreses que lo deseen. Si hoy es el turno de *Todos los cuentos, el cuento*, ayer lo fue del catálogo de la exposición de la obra del gran historietista argentino **José Muñoz**, al cual homenajearon, en la Carpa del Encuentro, **Ángel de la Calle**, **Norman Fernández**, **Pepe Gálvez**, **Lorenzo F. Díaz** y **Juan Sasturain**.

«En la Semana Negra, los homenajes se hacen cuando toca, con el autor vivo y presente», explicó De la Calle, que recordó que Muñoz visitó por primera vez la Semana Negra hace unos veinte años, y por última hace ya más de diez. En esta XXVII edición del festival, «queremos», explicó el director de contenidos, «decirle a Muñoz qué pensamos de él y cuánto le queremos». De la Calle explicó que «a lo largo de toda la historia del arte pictórico, siempre ha habido dos grandes tendencias: la clásica o académica y la expresionista; y en las últimas décadas en el cómic, los máximos representantes mundiales de esas dos tendencias han sido el recientemente fallecido **Moebius**, en la clásica, y **José Muñoz** en la expresionista». «Todos los dibujantes de las últimas décadas son, en última instancia, seguidores de uno u otro», concluyó.

Muñoz, humilde, declaró ser tan sólo un humilde seguidor de **Alberto Breccia**, quien, dijo, «vive en mí aunque ya no viva físicamente en el mundo», igual que otros maestros. Existe, dijo, «una lucecita de maravilla que pasa de autor en autor» y que

él recibió de ese revolucionario historietista argentouruguayo fallecido en 1993.

Norman Fernández, autor del catálogo, explicó que quiso imitar el estilo característico de las obras de José Muñoz —«esas viñetas con un montón de gente hablando, no siempre de la misma cosa»— haciendo algo parecido en el libro, consistente en numerosos testimonios y opiniones de diversos autores sobre el propio Muñoz y su obra.

Pepe Gálvez comenzó su intervención explicando que «**Luis García Montero** insiste en que una parte de cómo la ideología dominante intenta perpetuarse es difundiendo el descrédito, y que eso debe ser combatido con la admiración; que admirar es un acto revolucionario». «Yo», proclamó, «admiro y agradezco a José Muñoz, su universo especial, cómo recrea la vida y la sociedad». En parecidos términos se expresó Lorenzo F. Díaz, que dijo haber «crecido con Muñoz, aprendido con Muñoz» y haber descubierto gracias a él la magia del arte expresionista y abstracto, desconocido su familia de artistas clásicos.

Juan Sasturain, a su vez, se refirió a la vastedad de la obra del autor argentino explicando que «esta exposición corresponde a su obra de los últimos treinta años, desde 1983, pero antes hay otros veinte años de obra de José Muñoz». Muñoz, dijo, «tuvo como maestros a **Alberto Breccia** y a **Hugo Pratt**, pero pronto los trascendió».

Roberto Arenas





© Eddie Campbell



© Scott Hampton

todos los el cu

(Premio 1992)

La espuela Enrique Sánchez Abulí

De que nos cerraron el bar, el Tejo, qué burro, dijo: «Nadie se me vaya a casa sin la espuela». Ya se sabe que la espuela es esa última copa que te tomas como despedida de una juerga. En un principio, como si dijéramos, éramos tres: Jesús, la Virgen y san José, oséase, Santi el Tejo, Manolo el Miura, que le decían, no que fuera torero, sino por la cornamenta que le había puesto su señora consorte, y servidor, Arturo, rey Arturo para los amigos. Pero ya digo, la taberna estaba cerrada, las únicas luces del pueblo las de las «luciérganas», que así llaman en mi tierra a los gusanos de luz.

—Vamos a Carranza —dijo el Tejo, marcándose una ese de alcohólico anónimo.

—Quia —replicó el Miura, quitándose la gorra para arrascarse la pelambreira—. Son dos leguas entre ida y vuelta. Amás, igual el tío Paco ha cerrado la tasca, que ese para trabajar es más vago que la chaqueta de un guardia. ¿Sabéis lo que? ¡Vamos a la parroquia del señor cura, a bebernos el vino dulce que guarda en un copón que yo me sé!

—¿A casa dese? ¡Ni por pienso! —mete baza menda—. ¡Menudo es don Remigio si le tocas el vino! ¡Al señor cura no le vengas con hostias, no señor, que no es de los que te excomulgan, es de los que te escalabran en un decir ora pro nobis!

En estas, echamos a andar y del pueblo salimos al campo, alumbrados por la luna lunera. De golpe y porrazo, Manolo rompió a cantar con tan mala pata que le fallaba la voz y nos dimos un hartón de reír y él de llamarnos gilipueñas, que de qué reíamos. Habíamos pasado la tarde empujando el codo y, quien más quien menos, todos íbamos dando bandazos, pisando los sembraos, enredándonos con tanto cardo borriquero, agarrándonos a las higueras que nos salían al paso. Daba penita vernos en aquel estado, pero íbamos encendidos por el vino peleón que nos habíamos metido entre pecho y espalda. En la ciudad hubiéramos acabado por encontrar algo abierto, pero aquí, en el campo, donde solo hay bichos y zarzamoras, ya me dirán ustedes. Y, amás, con el relente aquel, ni los grillos se atrevían a salir de casa.

—Vamos a casa, joder —dijo el Miura al rato de patearnos los sembraos del Perico. Que nos vamos a pelar de frío. ¡Me pasa por alternar con vosotros, coñio divino!

—¿Sabes qué, Miura? ¡Vete a cagar a la vía y te lo pones en remojo! —le dije.

—¡Mira, un «muriégalo»! —exclamó de pronto el Tejo tambaleándose.

—¡Fijate cómo vuela, la de vueltas que da en balde! ¡Para mí que ese «muriégalo» está bebido, tío! ¡Ese viene de ponerse ciego de la tasca del tío Paco!

Al rato, Manolete el Miura se dejó caer al suelo, resoplando lo mismo que el belloto del Cipriano cuando se sube en lo alto de su media naranja.

—¿Qué te pasa, Miura?

—Que no sigo, que yo como el «muriégalo» ese, que no doy más vueltas, ea, joderse y pan de Vallecas. Me quedo aquí mismo pa siempre jamás.

—¡Hostias, tío, asín no hay manera! —gruñó el Tejo, que se mosqueaba por nada—. ¡Hostias, tío, ¿y la espuela?

—A la espuela que le den mucho por el culo —dijo el Miura muy puesto en lo suyo.

Haciendo eses, dando tumbos y traspies, el Tejo, que cabezón cascarrabias, se llegó a un tocón, donde apalancó las magras posaderas; se pasó la mano por los ojos llenos de «lagañas».

—¡Joder, Miura, cómo eres! ¿Te vas a rajar ahora que estamos a medio camino? ¿Te pesa la cornamenta o qué?

Al Manolo no había que nombrarle aquello, que se ponía hecho un fiero. Y así, tal como lo cuento. Se levantó dun salto y se fue para el Tejo, batiendo el aire con los brazos a la manera de las aspas de un molino. Pero con tan mala leche y tanto vino que tropezó y cayó de bruces, mordiendo el polvo de la vereda y rompiéndose el labio.

—¡Chulo, quieres un chulo! —se quedó allí tirado, limpiándose la sangre con la gorra, gritándole al Tejo, que se desternillaba de la risa, de la alegría le sonaban las costillas al muy jodío.

Servidor también se rio, faltaría más, a poco me da un patatús de la risa que me entró, eché la cabeza atrás y me aguanté la barriga. Las estrellas allá en lo alto del cielo, heladitas de frío. Sin nada que ponerse, pobrecitas mías. El «muriégalo» dándome vueltas que era un mareo. Hice por levantar al Miura, pero qué va, ni por estas, que no se levantaba. Unas voces que me pegaba que se oían desde Guadalajara en

un llano.

—¡Chulo, quieres un chulo de Fuenterrabía, la tuya más chica que la mía! —gritaba el Miura a ras de suelo, como hablando con los topes.

—Vente, Manolo, no seas aguafiestas —le dije.

—¡Que no voy, san joderse tocan y que te la menee un califa!

Al final tuvimos que irnos y nos fuimos, joder si nos fuimos, el Tejo y yo, cogidos del brazo, como para mejor andar. Luego oímos cantar al Miura. Me volví, mareadito perdido, y le vi de pie, apoyado en una encina, toda la luna en la cara. Se había bajado los pantalones y empuñaba el asa de bastos, oriñándose en cuanto hierbajo se le ponía a tiro.

—Me meo en tí, Tejo, quieres un chulo —se puso a vociferar.

—¿Y yo qué? —le grité—. ¿También te meas en mí?

—No, pero a tí te salpico, cacho maricón, que me habéis dejado tirado, queso no se hace con un amigo de toda la vida.

—¿Te vienes o qué? —gritó el Tejo—. ¿Te vienes o qué, astado de toda la vida?

—¡Me cago en la madre que te trujo, Tejo, quieres un chulo de mucho cuidado! ¡Hip! ¡Vete a tu pueblo a que te la machaque un guarda jurado, que eres un rato perro!

—¡Anda y que te den por el ojo del ano, que es el culo en castellano! —replicó el Tejo, que le dio por reír su propia gracia, sería tanto vino, digo yo, que le sonaron hasta los «cartígalos» de las tripas.

Al poco rato ya no oímos los mugidos del Miura. Igual se había dormido o se había muerto o las dos cosas, yo no sé.

El relente, que es cosa mala, nos espabiló un poco. Por un atajo llegamos a Carranza, que estaba más apagado que una «luciérgana» fundida. Ni un triste farol. Ni una choza donde cobijarse. Los chiringuitos, cerrados a cal y canto. Ni tasca del tío Paco ni pollas en vinagre. Relente sí, todo el que quiere y más, ¡un frío!

—¡Ay, Tejo, que desta palmamos! ¡Vamos patrás, donde sea, tío, pero un techo para un cristiano es todo lo que pido!

—¡Ya sé! —me dijo el Tejo—. ¡Vamos donde el Moro! ¡Vamos a la finca del Moro que está aquí mismamente, en saliendo del pueblo!

—¿Qué se nos ha perdido donde el Moro?

—Verás, allí hay como si dijéramos un cobertizo que le hace las veces de bodega. La tapia nos la saltamos a la torera, la puerta del cobertizo está medio podrida, una buena coz y nos ponemos moraos de tanto clarete.

—¿Y si viene el Moro con el trabuco?

—Oye, rey Arturo, no me toques los atributos, que el Moro está fuera, que me han dado recado.

La finca del Moro era nada, un caserío o un caserón que estaba para el arrastre, rodeado de un muro de piedras mal ajuntadas, que escalamos con algún que otro resbalón. No había mojamas en la costa. Los grillos no más, dando la tabarra, y un «muriégalo» de aquellos haciendo de Drácula. La casa principal estaba a oscuras, y otro tanto digo del cobertizo. Solo de verlo, el Tejo chasqueó la lengua de gusto.

—¡Huy, lo que daría ahora en este momento por un valdepeñas añejo!

—¡Ni que sea vino de garnacha! —dije yo—. ¡A estas alturas, lo mismo me da que me da lo mismo un amontillado que el cariñena de la casa!

Si que estaba podrida la puerta del cobertizo. A la primera embestida se vino abajo. ¡Un ruido! Nos metimos pa dentro de un abrir y cerrar de puerta. El Tejo encendió un fósforo. ¿Vino? ¡Ja! ¡Vino y se fue! ¡Una triste garrafa sin tapón y medio vacía, de la que salía un tufo que tiraba de espaldas! El Tejo, que un vicioso desto como de lo otro, se la apalancó en los morros. Luego probé yo. ¡Sabía a rayos! Sería aguachirle o vino agrio, puro vinagre o aceite rancio. ¡Qué asco, tío! ¡Escupe, Guadalupe! Pero el mamón del Tejo pasando de todo, valdepeñas o aguarrás, qué más das, se la traía floja, el tío bebe que te bebe, hasta un culin que quedaba. Total, ¿para qué? Al final, meándolo corriendo allí mismamente sobre como si dijéramos un arado medio oxidado.

Al salir vimos una luz en la casa principal. ¡Qué susto! Pero el Tejo, que está en todo, me dio un codazo en las intercostales, que dicen los «ateeses».

—¡La noche es joven, maricón!

—¿Lo qué?

—Que he visto detrás de la ventana a la Mariana.

La Mariana, para que lo sepan, es la hija del Moro, que es-

tá de buena como el bizcocho para mojar y chuparse los dedos.

—Tengamos la fiesta en paz, Tejo, que eres un cacho perro. ¡Vámonos, que aluego te vas a arrepentir!

Pero el Tejo, que cabezón y amás iba quemado, se fue para la puerta de la casa igual que un morlaco tras el capote rojo. ¡Un escándalo que me armó! Pero, claro, como se sabía solo, que el Moro andaba fuera, pues eso, se aprovechó, que la ocasión la pintan calva cual cojón de mico afeitado. ¡Eso sí, el chasco que se llevó na más entrar! ¡La Mariana, que estaba jamón la moza, ja, ja! ¡Qué iba a ser la Mariana! ¡Era, cágate ya, la abuela de la moza, que me rondaba los setenta y pico más los que anduvo a gatas! ¡Buscando a la moza yeyé se encontró con la abuela yayá! ¡Iba por el chochete y se topó con el chochón! ¡Marramio, cágate de medio lao!

Pero el capullo del Tejo no le hizo ascos. Le pasó lo que con el morapio, que fue a por clarete y acabó tragando meado de burra, ¡toma cambiaz! No me tenía paladar el Tejo. Allí mismo, en el zaguán, se tiró sobre la vieja como un tigre de Bengala y se empeñó en subirle las sayas para cepillársela acto seguido. La pobre mujer daba unas voces ¡como si la estuvieran violando, así mismamente! Yo ya le dije al Tejo:

—¡Tejo, joder, cómo eres! ¡Te vas a buscar un disgusto, total, por arrimarte a un chumino helado!

El Tejo, sordo perdido; hay que ver lo que hace el bebercio, y lo de la carne es débil y esas cosas, hay que tener estómago, eso sí, pero a aquellas alturas al Tejo ya le daba todo igual, la Mariana o una escoba con faldas, una meuca o un trozo de carne con un agujero en canal. Pues sí señor, allí estaba el Tejo, empuñando a la vieja por el moño blanco y sofaldándomela que era cosa de verlo. ¡É se las subía y ella se las bajaba. Así una y otra vez, de chiste, parecía.

—¡Rey Arturo, cacho maricón! ¡Ayúdame a quitarle el refajo!

—¡Deja a las viejales, mochales, que te buscas la ruina! ¡Déjala, joder el hombre este! ¿No ves questá «pitopáusica» perdida? ¡Déjala, jodio, que te va a dar un calambre en todos los huevos, que te va a quedar la picha fría!

Pero el Tejo erre que erre, sin apearse del burro, digo de la vieja, poseso que iba, medio me desnudó a la aguiela, había que verlo, el refajo hecho jirones, las enaguas arrancadas a lo bestia, la pobre mujer unos gritos que me daba, la piel blanca como el yeso desprendía una luz igual que si fuera de día, tío. Yo tirando del Tejo y el Tejo tirando de la vieja pelleja. Cuando me harté de tanto berrido, me fui para afuera y allí me estuve, mirando a la luna cascabelera hasta que los gritos de la vejistorio no se oyeron más. Salió el Tejo por fin, hecho un cristo de los de antes de la guerra, que no había por dónde agarrarlo, subiéndole el pantalón a toda prisa y enseñando las vergüenzas aún en pie de guerra. Mismamente el Barrabás pillado en bragas, cuando lo de la Pascua. No dijo nada. Hasta la mui llevaba cansada. Se agarró a mi brazo, que no se tenía en pie, y nos fuimos juntos. Nos amaneció en la ribera. Junto a las peñas, al Tejo le entró un calofrío, me tiritaba y todo. Con el sol se fue calmando. Se me dormía con la boca entreabierta, cayéndole un hilillo de baba por entre dos dientes mal avenidos. Al poco yo también me quedé traspuesto. Cuando abrí los ojos ya era de día. El Tejo seguía temblando y se me agarraba con fuerza, a ver si así se le iba el frío. Le oí decir, con un hilo de voz:

—No se lo digas a naide, rey Arturo.

—¿Lo qué?

—Me parece que me la he cargado.

Le miré. Le caían lagrimones así de gordos, palabra. Nada, que la había pillado llorona. Se me subió como si dijéramos un nudo a la garganta. Se me había pasado ya la trompa y ahora todo me daba una pena penita pena. Nos quedamos allí sentados sobre el peñasco, a la vera del río, medio adormilados por el sol y el gluglú del agua. Allí mismamente, abrazados el uno al otro, nos prendieron los civiles.

—¡En pie, mariconas! —bramó el sargento.

Cerré los ojos con fuerza, rezando por lo bajines: Dios te salve, María, llena eres de gracia, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús, que lo de anoche haya sido un sueño, anda, hazme ese favor, virgencita mía del alma, de rodillas te lo pido. No volveremos a las andadas. Te lo juro por la santa madre que me dio la vida y me trajo al mundo. Pero al abrir los ojos allí estaba la pareja de la benemérita, y el sargento bigotudo con una mala leche que me gastaba... ¿Un sueño lo de anoche? ¡Miau! ¡Qué sueño ni qué niño muerto! Era la vida, no te jode...

La Semana Negra se fue vivos. Los fundadores sabían an todos lo mismo. La suma aciertos, errores y sorpresas una casilla a otra, buscando infantil.

Un cielo lleno de libros, pular, participación, cruce buenos sentimientos, antifaes sobre lo que la cultura a

Hijos no reconocidos de ne, de Sergio Leone y Hugo y los poetas del exilio español, jail Bakunin, de Tina Modot nos de sangre apache de M Ángel González, de los pinta tas y de las ediciones prohibi mos de Tarik Ali y Nanni Ba y bobas, en sentido amplio quieran darle y ponerle non

Y sobrevivientes a todos mos mucho cuento. Exactam

Tanto cuento que, desde convocó un concurso de r negra, cadencia anual y no lico. Y lo anunció en todos la. A cambio de la escasa b con el respetable título de puesto por escritores, lo qu de peligrosidad y buenas m siete años, el concurso ha v rando un cuerpo de obra ab

No podemos hacer soci chos, y estos son claros, d autores mayoritariamente de América los que resulta destacados de entre los cie dos. Escritores ya profesio cipaban con dedicación e im go eran reimpresos en anto que el cambio monetario, tiempos, convertía la magr apetitosa en algunos países lo que se dice.

Porque, con el pasar de l glo y milenio, es cierto que curso fue creciendo en esc de toro, pero igualmente s tante presencia de autores

Se apunta, en lugares do que la recuperación de la practicable por las autopro cultura de corbata y pajarita los escritores del terruño pativo y acudan sin complejo novela negra. Otra cosa es c ro me estoy yendo del tema

Dado el alto nivel de los autores, que ya tenían o qu años, siempre había quien mos una antología donde s largo cuarto de siglo de nar ¿Pero qué era lo mejor? cuáles descartar?

Un nudo gordiano. Y los atan, se cortan.

Y qué mejor ocasión que mana Negra en la que celeb cimiento de Julio Cortázar, pañol y aficionado mayor a otros, para homenajear al ciéndole esta colección de r zando a lo largo de esta co siete años.

De ahí el título del libro, ganas de que ustedes los le

La Semana Negra se lo d trato.

Los cuentos de Segundo

armando sin modelos pre-
lo que querían, y no querí-
de voluntades, encuentros,
as fue llevando al festival de
o el cielo, como en el juego

novelas audaces, fiesta po-
de opiniones, mala leche,
scismo e ideas deslumbran-
porta a la vida y viceversa.
Arthur Rimbaud y Silver Ka-
Pratt, de Dashiell Hammett
ñol, de Howard Fast y de Mi-
ti y de Diego Rivera. Herma-
anuel Vázquez Montalbán y
ores españoles antifranquis-
bidas de Ruedo Ibérico. Pri-
lestrini. Enemigos de bobos
o en el sentido que ustedes
mbres y apellidos.

los exilios, sí, porque tene-
mente.

el lejano 1988, este festival
elatos breves, con temática
demasiado premio en metá-
los países de habla español-
olsa dineraria, contábamos
que el jurado estaría com-
e siempre garantiza un plus
maneras. A lo largo de veinti-
venido celebrándose y gene-
fundante y de calidad.

logía, pero sí repasar los he-
durante muchos años fueron
de los países del castellano
ron elegidos como los más
ntos de manuscritos recibí-
nales, de primer nivel, parti-
portantes trabajos, que lue-
ologías y colecciones. Dicen
muy favorable en aquellos
a bolsa del premio en muy
Pero no hagan caso a todo

los años y los cambios de si-
e el palmarés anual del con-
critores residentes en la piel
empre ha habido una impor-
del otro lado del océano.

onde han tratado este tema,
novela negra como género
clamadas altas esferas de la
a también ha ayudado a que
ntrio se suelten el pelo narra-
a las sociales arenas de la
on qué calidad lo hagan, pe-

s relatos y el nombre de los
e iban adquiriendo con los
nos proponía que publicára-
e reuniese lo mejor de este
raciones.

¿Qué cuentos seleccionar y
nudos gordianos no se des-

e este año, en esta XXVII Se-
ramos el centenario del na-
el maestro del relato en es-
los juegos, literarios y de los
grandísimo cronopio ofre-
relatos que hemos ido engar-
mplicada travesía de veinti-

el color de la portada y las
an.

la, ustedes lo leen. Ese es el

Ángel de la Calle

Hoy a las 21.00 horas en la
Carpa del Encuentro de la SN
se presentará y regalará el libro
todos los cuentos el cuento

Un ejemplar por persona.
Hasta finalizar existencias.

Ofrecemos a los lectores de AQ
algunos extractos del libro.



MONO GONZÁLEZ

Ese nombre

(Premio 2010)

Kike Ferrari

Se pierde, porque cualquier movida que uno haga es mala. Se pierde, no por lo que hizo el contrario, sino por lo que uno está obligado a hacer.

R. W.

Ramón elogia mi coraje.

Como buen irlandés, dice.

Es un hombre encorvado y casi calvo, al que le falta un ojo; un viejo. Yo también. Soy, de alguna manera, un profesor de inglés jubilado que vive en San Vicente y se acerca una o dos veces por semana a la plaza del pueblo a jugar o ver jugar al ajedrez.

Un mate, propone. Yo cebo.

Yo sé quién es usted, vuelvo a decir.

Ceba el mate con cuidado mientras me dice, como casualmente, mira tú, che. También dice que tengo suerte: que él no está seguro de saber quién es. No subraya nada, solamente lo deja establecido.

Entre los árboles que rodean la plaza se puede ver el cielo grisáceo, las luces pálidas de este mediodía de otoño. Desde acá es fácil amar, siquiera momentáneamente, a San Vicente. Y es una forma inconcebible de amor lo que nos ha reunido.

Así que me tomo un mate largo.

Ceba bien usted, Ramón, para ser alguien que mezcla el tuteo en su vocabulario, le digo.

Sonríe. Casi no le quedan dientes, pero es su sonrisa, la sonrisa de las fotos de Salas: en el corte voluntario de caña, aquella otra detrás del tabaco. Está más viejo —mucho más viejo que yo aunque haya nacido un año después—, pelado, le falta un ojo, pero no me quedan dudas: es él.

¿Y cómo sabe quién soy?, me pregunta, la bombilla ahora en su boca desdentada.

Usted no se acuerda de mí, digo, pero nos conocimos allá, en la Isla. Pienso que no puede reconocerme: yo también estoy disfrazado de viejo, un viejo profesor de inglés jubilado.

Yo era gente de Segundo, agregó.

Pienso que lo soy todavía, que siempre seré uno de los hombres de Segundo.

Segundo, repite como si bostezase, como si la voz fuera la sombra de una sombra, como si en la sola sonoridad de la palabra estuviese implicada toda la historia: la subida a la sierra, los mates compartidos y las charlas, el regreso y las cintas perdidas y la vuelta. También, después, el triunfo, y entonces yo, los días afiebrados del teletipo y los corresponsales. Hasta el final, sin sombra ni huesos, en algún lugar del monte salteño.

Segundo, decimos los dos o uno de los dos. Toma mate con ira, con tristeza, sin remordimiento.

¿Cómo sabés quién soy, que no me dijiste?, vuelve a preguntar.

Porque tú supones que yo soy uno de los tipos que a veces creo ser; explica, pero mis recuerdos son confusos. Hay también allá, acá, gritos, una celda oscura, preguntas, golpes, una escuela de provincias.

Acá, allá, repite anulando de golpe la distancia, regresando o no partiendo nunca, clavado a esa Isla que no es esta plaza, no es el mate largo y espumoso que cebo.

No le digo que podría reconocerlo en cualquier lado, aunque esté avejentado, aunque los años que estuvo guardado vaya uno a saber dónde y que lo convirtieron en este anciano tembloroso con vaya uno a saber qué formas de tortura, lo disimulen bastante. Enumero, en cambio, mis sospechas:

el arco sobre las cejas, el nombre, las extrañezas de su acento que es argentino pero también.

Vuelve a sonreír: y si no se ofenden las ilustrísimas señoras de Latinoamérica, dice o yo creo que dice.

¿Jugamos?, pregunta después.

Tú conoces más o menos bien este juego, ¿no?, concede.

Pienso que fundé mis sospechas también en su estilo ajedrecístico. Algo me hablaba en su juego. La forma de lanzarse, la disolución de los límites entre ataque y defensa. Recuerdo que recordé: no existen líneas de fuego determinadas, las líneas de fuego son algo más o menos teórico. Y también: tablas contra Flip en el Ministerio de Industria en el 62 y contra Najdorf el mismo año; victoria frente a Ortega en el 61, en 21 movidas. Todo parecía coincidir. ¿O es mi mente que quiere ver el fantasma de ese nombre recorriendo esta Buenos Aires que solo se emociona con las gambetas del pibito que debutó el año pasado en Argentinos y los goles electrizantes de Leopoldo Jacinto Luque?

Más o menos, respondo. Y abro con CFB.

Él juega d5. Pregunta por sus manos: qué creo que hay bajo los guantes, qué creo que le pasó a sus manos.

Yo tengo sospechas, dice, recuerdos que no sé si son tales. También eso, digo.

e3.

Los movimientos torpes, robóticos, me dan a entender alguna clase de prótesis mecánica. Digo que para justificarse la Agencia tiene que haberle cortado las manos.

La Agencia, me interrumpe, y mueve mecánicamente la mano —el guante de cuero marrón, gastado— hasta el tablero. Juega e6.

Ojalá yo estuviera tan seguro, pero algo se jodió en la rejolería, dice, y se golpea dos veces la cabeza.

Sí —d4—, pero piense: ya estamos a fines de marzo y nunca lo vi sin guantes, Ramón.

Fines de marzo. 25. Pienso que ya pasó un año. Un año. Y casi siete meses desde que Vicky se fue. Aprieto las tres copias de la Carta en mi bolsillo. Recuerdo a la compañera que tengo que ir a buscar, la cita posiblemente envenenada. Aprieto también el revólver en mi cintura.

Lo que no entiendo es cómo está usted acá, digo.

Puedo imaginarme, pero, agregó.

Sí, sí, le dice más al mate o al tablero que a mí, la mirada del único ojo perdida de pronto.

Juega CFB.

No niega nada. También eso entonces. Ramón tiene una mueca de fierro en la cara nocturna, dolorida.

Un Ford verde para en la esquina de la plaza. Los dos lo miramos y en nuestros ojos se debaten la neutralidad y el odio. Juego Ad3. Sabemos, pienso, que no es para nosotros, que no puede ser para nosotros, que cuando llegue el Ford que nos está destinado no nos va a dar tiempo de mucho. Pienso en Paco aceptando ir regalado a Mendoza con la pastilla lista, en Juan que quizá no llegue a irse por el río, de nuevo en Vicky —el camión, la Halcón y la risa en la terraza, en su elección—, pienso en el ridículo 22 que tengo en la cintura y que solo garantiza que, si tiro a tiempo, no me agarren vivo. No digo nada.

Él: g6.

Yo: 0-0

Mirá a tu alrededor, dice mientras el único ojo que le queda en la cara se le extravía hacia afuera, ¿tú crees que si soy quien tú imaginás que soy sirve para algo decirlo ahora, acá?

Mirá, repite. Señala con la quijada el baúl del Ford que se aleja.

¿Y si no es?, me pregunto, ¿Y si no es más que un viejo maltratado, con algunos tornillos flojos, un acento extrañísimo y un vago parecido con ese otro al que no quiero dar por muerto?, ¿Y si yo también estoy perdiendo el sentido de realidad?

Parece que me escucha.

Si soy, y te juro que no lo sé, sí, dice, ¿no sirvo más muerto?

Juega Ag7.

Muerto, pienso. Comparo al muerto heroico con este viejo desdentado, tuerto, un poco loco que juega al ajedrez con guantes de cuero marrón. Disipo la comparación agitando la cabeza. Juego b3.

¿El Gigante sabrá?, intento.

Se ríe.

Ni tantito así, dice con todo y el gesto.

Hay que escribirlo, entonces. Publicarlo.

Algún día, si soy quien vos suponés, y yo también, a veces, en ciertas pesadillas.

Ahora, me exaspero porque sé que mi tiempo se acaba.

La guerra es larga, responde sin apuro.

Usted pensaba que había que apurarse.

Sí, pero ya ves.

0-0.

Silencio.

Miro al tablero como a un extraño. Recuerdo la hora, la cita, la compañera sola, desesperada, con dos hijos y sin contactos, a Lila que me espera para tomar el tren.

Juego Ab2, pero enseguida me arrepiento y le ofrezco tablas aunque ya no sea mi turno. Acepta.

Hablo sabiendo que voy a irme con todas las preguntas sin hacer: si no volvemos a vernos, le digo, sepa que fue un gusto haber charlado con usted otra vez.

Claro, claro, me responde como si de pronto hubiera dejado de entender mis palabras. Como si ya no tuvieran, para él, sentido o importancia.

Me alejo un paso y otro. Varios metros. Entonces paro en seco y vuelvo. Todavía está frente al tablero, observando cómo quedaron distribuidas las piezas. Cuando me ve volver, juega b6.

Hay que despertarlos, digo, recuerde: no siempre hay que esperar que se den todas las condiciones.

Su nombre, pienso, ese nombre.

No, dice bajando la voz, no alcanza, no sirve; no así.

No sé si habla conmigo o con el juego. Somos dos viejos en una plaza de un pueblito de la provincia de Buenos Aires frente a un tablero de ajedrez. Solo dos viejos. Dos viejos solos. Siento crecer la desesperación y hago un último intento.

¿Cómo, comandante, cómo?

Levanta el guante de cuero marrón y señala al cielo gris. Yo casi presiento lo que va a decir. Adivino que el movimiento de la mano demarca un espacio de 330 mil kilómetros cuadrados en algún lugar de Asia. Señala, su mano, sonrisas ambiguas, pisadas nocturnas en la selva húmeda, espaldas maternas cargando obuses, una bandera roja flameando sobre Hué bajo una lluvia incesante de napalm; pero también soldados —rubios y negros—, soldados gringos en cualquier caso, volviendo a casa dentro de una bolsa de plástico, bajo una bandera de rayas y estrellas; la derrota mayúscula, las grietas que empiezan a abrirse en el mayor imperio que recuerda la humanidad.

Hay que crear uno, dos, tres, dice.

Muchos.

CONCURSO DE RELATOS NEGROS SEMANA NEGRA 2014

FINALISTA

Negra indigestión

José Manuel Paradela Gil

I
 "Removiendo en los desperdicios del día puedes encontrar una pista que antes no estaba", eso pensaba Nailand Smeade refiriéndose, por supuesto, al vertedero de la memoria; a lo que no sabes que sabes.

El teniente Nailand es un detective creado por August Banger para una serie criminal que se convirtió en pocos años en un éxito fantasma: todos hablaban de ella incluso sin haberla leído. La primera edición del autor —la genuina— tuvo una tirada muy limitada por lo que en el nuevo milenio se convirtió en pieza de coleccionistas. Yo fui uno de esos afortunados buscadores.

En mi mochila de viaje, junto a mi cuaderno de notas, siempre había un hueco para una de aquellas novelas de primera época, las escritas por el propio Banger y no por sus continuadores.

Abandoné la letra pequeña y di un respingo. Llegaba como un par de horas de lectura y necesitaba descanso. Dejar volar la vista más allá del paseo de la playa de San Lorenzo me haría bien. Aunque la mañana estaba nublada, decenas de bañistas bajaban a la arena con toda su parafernalia playera. Daba pereza verlos.

El ruido ronco de un transporte ligero reclamó mi atención. Con varios utensilios de jardinería en su remolque, lo guiaba una señora que vestía la funda verde de la empresa que cuidaba los jardines. Aunque en realidad lo que me resultó pintoresco fue el tono tan llamativo de su pelo. Era del color de la zanahoria. Supuse que se dirigía al cercano parque de Isabel La Católica.

Por su gesto indolente me di cuenta de que había puesto el piloto automático. Servidumbres de la rutina. Había oído que la empresa de mantenimiento asignaba a cada zona un empleado. Por eso la imaginé con un plano detalladísimo del parque en su cabeza y con la capacidad para distinguir los pavos reales y sus nombres de pila. Me prometí que la rutina no haría conmigo lo que había hecho con aquella empleada.

Faltaba poco para el inicio de la Semana Negra y no podía evitar cierta ansiedad en la viscera. Habían sido demasiadas semanas literarias con Eva pero esta vez viajaba solo. Supongo que necesitas un tiempo de duelo por la pérdida de tu pareja aunque ésta siga viva. Por suerte, los años anteriores había hecho tan buenos amigos que resultaba fácil, cada julio, dejarse llevar por su generosidad.

Me alojaba en casa de uno de ellos —Edgar— aficionado como yo a la novela criminal, al cómic y a los chigres del recinto ferial y que esa misma noche me sorprendería con una cena en casa. Pero tenía todo un día por delante para pasear mi mochila por las calles de la ciudad.

Aparqué a Nailand y abrí las páginas de El Comercio. Agenda del día, noticias de sociedad, avances deportivos, eventos, sucesos, bodas, esquelas, concursos, escándalos... aunque lo que llamó mi atención fue una noticia breve de sucesos. "el asesino de los parques deja una nueva víctima"... Saqué el portátil y me conecté. Repasé en la hemeroteca del periódico todos los antecedentes y me sorprendió descubrir que era la quinta víctima y aún no se habían practicado detenciones. La policía buscaba un perfil de asesino en serie.

Y entonces apareció lo que temía y a la vez deseaba: esa irrefrenable adicción que tanto había odiado Eva: "¿te crees un Dick Tracy infiltrado en las páginas de tus novelitas de saldo?... Por favor, madura de una vez y evita meterte en líos...". Me decía que jugaba a detectives y yo solo quería responder a la pregunta de siempre: cómo detener un impulso criminal. Los estímulos aparecían en cualquier parte, en la calle o en el mismo periódico. Supongo que era la droga que necesitaba para evitar mis rutinas.

Fue la única pregunta que no pude responder: ¿qué ganas con todo esto, cariño? Al final, Eva decidió madurar con rapidez y yo no pude seguirla.

Jugué a ser Banger y convertí su sombrero de ala en la gorra verde de la encargada de jardines. Lo imaginé travestido por exigencias de la investigación, interrogando a esas aves subidas de ego que llevan incrustado un abanico en el culo... Oiga usted, deje de pavonearse y dígame si ha visto algo raro por su césped..."

Ahora en serio, imaginé a Nailand investigando en ese parque no me pareció descabellado. Allí no había aparecido ningún cuerpo semienterrado.

Pensé en el caso resuelto por McNulty el año anterior, en el mismo escenario de Gijón. La historia

se empeñaba en demostrar que a la ciudad de Bvelanos lo que le sobraban eran chigres y homicidios. Una ciudad en apariencia apacible. Pero solo en apariencia.

Cerré el portátil, pagué la caña y salí en dirección al Piles. Mis pies me llevaban hacia el parque. Quería seguir las huellas del vehículo verde e imaginar cómo Nailand hacía su trabajo. Pero desistí al ver a un grupo de chicas con chancas y toallas que salían del paso subterráneo. Eva ocupaba el cuerpo de la más menuda y tuve que reconocer que los espejismos no se habían ido: sus mismas piernas y su mismo gesto, incluso los mismos rizos electrizados.

Llevé la mochila hasta la escalonera, al final del Paseo de San Lorenzo. Allí, apoyado a la barandilla imaginé una página en blanco y dibujé una chica sin rostro, un psicópata y un mochilero empeñado en recomponer el puzzle de sus emociones. La mirada de Octavio Augusto, desde el umbral de las termas, intentó prevenirme y llevaba razón: la ficción se parecía demasiado a la realidad.

Dos menos cuarto. Menú a doce euros. Entré y pedí mesa. El resto del día lo dediqué a pasear, sacar fotos, vaciar cullines y a clasificar en dulces y amargos los espejismos a granel en los que Eva aparecía multiplicada.

Esa noche, como había prometido, cené con Edgar en su casa. Incluso sustituí mi pieza de fruta por un postre que se ahogaba en nata montada. Edgar se tocó el buche y bostezó. Dijo que la Semana Negra se acercaba, y que buenas noches porque me voy a sobar y que hay cerveza fría en la nevera y que mañana conocerás a mi hermana: otra friki como tú.

El insomnio me empujó hacia la terraza. Gijón dormía pero yo no podía pensar en otra cosa que en mi nuevo pasatiempo; por alguna razón necesitaba estrechar el cerco a la identidad del asesino. Y las palabras de Nailand llegaban planeando con la brisa: "Estudia los pequeños detalles, en especial los que acuden a diario y dejan de hacerlo sin dar explicación".

II

El parque de los Pericones era una vasta mancha verde al sureste de la ciudad que integraba el antiguo cementerio de Ceaes. Subía a menudo a pasear porque caía cerca de casa de Edgar. Esta vez me atraía el hecho de que fuese un espacio aún libre de víctimas.

Eché a andar procurando hallar algún detalle; en realidad pretendía distraer mi soledad aunque Eva aprovechaba cualquier resquicio para colarse en mi cabeza. Me costaba concentrarme así que me dejé caer sobre el césped. "Para avanzar —decía Nailand— hay que detenerse y escuchar con lentitud los detalles más cotidianos, los que embaucan al sentido de la vista". Pero nada me hacía sospechar, mirase hacia donde mirase. Los niños jugaban a convertir un pastor alemán en el caballo del sheriff; los ancianos jugaban al parchís en coros... nada me hacía sospechar. Los chavales aprovechaban para besarse en los bancos a esas horas de recreo y los perros buscaban el rastro de los orines... En fin, que todo parecía normal.

O casi todo. Oí un ruido ronco y conocido. El vehículo asomó por el lomo de la colina. El jardinero de aquel parque era un hombre alto y desastrado que parecía salido de un cuento de los Grimm. Un buen tipo o al menos eso pensaban los críos que lo buscaban como si fuese el mismo flautista del cuento. Mientras el vehículo se acercaba ví que la persona era más baja y corpulenta. Llevaba la misma funda verde, eso sí, pero una visera ocultaba su rostro.

A ver, ¿qué habría hecho Nailand?...: "cuando algún detalle desaparece o se oculta bajo un disfraz... señal de que algo va a ocurrir". El transporte pasó a mi lado y el conductor se giró un instante. Durante unos segundos me miró, pero no pude verle. El remolque cargaba dos sacos negros de los que se usan para abono de plantas. Sonó la alarma en mi cabeza al ver que era una mujer y que el color de su pelo ya me había sorprendido antes. En todo aquel asunto había una nota desafiada.

Un anciano que paseaba a su mascota llevaba un ejemplar de El Comercio. "¿Me permite un segundo?" Busqué en los titulares y lei lo que me temía: "nuevo cadáver hallado en el parque de Isabel La Católica". Asombrosa coincidencia. En la agenda de Gijón localicé el teléfono del departamento de Jardines. Llamé y pregunté por nuestro flautista. ¿Ván?... Ese mismo. Lleva razón; hoy se han movido turnos: Iván no ha subido a Pericones... Quién le llama, por favor.

—Soy un amigote suyo de la... de Sotondio.
 —Pues aquí hay anotado un cambio de turno de última hora, con un compañero...

—¿un compañero?
 —Sí, Silverio, el que lleva la zona Piles-Isabel La Católica, donde han encontrado... oiga, ¿quién ha dicho usted que era?

Colgué y me pregunté por qué razón el tal Silverio no tenía inconveniente en travestirse durante su jornada de trabajo.

Le seguí hasta que detuvo el transporte frente a un chiringuito que servía cerveza y bocadillos. Al echar el freno, los sacos negros se desplazaron de un lado a otro del remolque. Sonó un golpe seco, impropio del sustrato mineral. Me pregunté qué hacía aquel sujeto con una peluca anaranjada y un par de supuestos cadáveres pudriéndose en el remolque, a plena luz del día y sin prisa por terminar su trabajo. O su sangre era escaracha o pedía a gritos que alguien le esposase.

Recordé los artículos de la hemeroteca. Contaban que los cuerpos habían sido enterrados en lugares poco visibles para el paseante. En el cerro Santa Catalina, en Nuevo Rocés y en los otros parques, habían sido los perros quienes avisaron a sus dueños del hedor a carne muerta.

Y volvió el sudor. Y esa intensa percepción de anomalía en el fluir cotidiano. Puede que Eva llevase razón: ni yo era Dick Tracy ni Nailand estaba allí para evitar lo peor. Pero me sentí obligado a hacer algo.

El anciano que paseaba a su mascota me reconoció al verme: "Quédese. Ya lo he leído esta mañana". Busqué el número que la policía facilitaba para informar sobre los asesinatos. Ahora necesitaba ser convincente para que no descartasen mi llamada. Vestí las frases de un modo adecuado para dar a la policía una duda razonable:

—Oiga... es la policía? Estoy en los Pericones y he visto que la empleada de jardines lleva dos bultos sospechosos... ¿qué?... no, ahí no, en su remolque. He llamado a su empresa y me han confirmado que este parque está al cuidado del flaut... de Eduardo, un hombre, ¿comprende? Creo que esta "mujer" no es quien parece ser... ¿pueden investigarlo? —Me dispuse a hacer antes de que pudiesen preguntarme nada pero no fui demasiado rápido:

—Está bien, enviaremos una patrulla. Usted no se mueva de ahí. —dijo con voz radiofónica. Me disponía a hacer otra llamada cuando escuché una voz tras de mí. La voz no llegó a sorprenderme tanto como las palabras que oí pronunciar, por cierto, con una dicción impecable: "¿quieres llevarte toda la gloria, gallego?"

Me giré y allí había un rostro imberbe; Nailand diría que afeitado y oculto bajo toneladas de maquillaje; un rostro estirado que intentaba no parecer patético bajo su peluca color zanahoria.

Luego todo se vino abajo, diluyéndose en una densa oscuridad.

III

Me desperté. Mi espalda reconoció el colchón de invitados del piso de Edgar, pero él no estaba allí. En su lugar, una chica que no había visto antes me miraba con ojos atentos.

—Me han dicho que te sentó mal la cena.
 Noté un ligero sabor ácido en la boca, como si hubiera vomitado, y en el vientre retortijones que iban y venían, como relámpagos de dolor que se desplazan en una tormenta gástrica. Todo eso además de un viejo síntoma: volvía a pensar como escribía.

—La charlota debió hacerte daño —dijo la chica—Edgar tiene la costumbre de no mirar las fechas de caducidad.
 —¿nos conocemos?
 Entró Edgar y respondió por ella: "hombre, el gallego resucitado... Ya iba a llamar a urgencias; vaya susto chico, te has quedado más pálido que la cera... Veo que ya conoces a Sonia, mi hermana...; descuida que no tienes que irte a Piles a dormir en un saco. Queda una habitación libre.

Me excusé y fui al lavabo. El sumidero de las heces se convirtió, al tirar de la cadena, en la metáfora de mi cabeza: en un puñado de imágenes centrifugadas donde aparecía Banger moviendo los hilos de su creación, el callejero de Gijón con las zonas verdes iluminadas y, como no, la peluca anaranjada de mi agresor planeando sobre una nueva víctima pero, sobre todo, nata, montones de nata montada. Me pregunté cuánto de real y cuánto de pesadilla había

en aquella indigestión. Antes de volver al cuarto me asomé a la terraza y respiré el aire de Gijón para celebrar que aún estaba vivo.

—De noche hablabas en sueños... Decías que los detalles eran un señuelo o algo así, que un tal Nailand ¿qué decías de ese hombre?... Bueno, tú sabrás si te suena de algo...

—¿tienes el periódico del día? —dije sin prestar atención a Edgar. Sonia volvió de la sala con un ejemplar. Examiné los titulares de las páginas de sucesos. Había un párrafo breve: "Manifestación en Gijón por las dos nuevas víctimas en el caso del asesino de los parques..."

No lo había soñado: me desperté al lado de unos arbustos por el bofetón de un poli; estaba tendido y mareado pero contento de que mi cadáver no saliese en la portada de El Comercio. Pero había más parques y estaba convencido de que el asesino lo volvería a intentar.

—Me ha dicho Edgar que eres un asiduo a la Semana Negra —comentó Sonia. Me estaba enganchando a sus agradables interrupciones.

—Parece que tu hermano te ha dicho muchas cosas... y a ti, ¿te va el rollo semanero?

—Que va... yo soy más de playa y de terracitas por la Providencia —me hizo un guiño y no pude evitar sonreír—. Si te pones bueno puedo acompañarte... esta tarde inauguramos con una mesa redonda muy interesante.

IV

"Nubes negras del Cantábrico se desplomaban sobre los tejados del mercadillo". Punto y aparte.

"Aunque no parecía que fuese a llover". Punto y seguido: entramos y nos sentamos.

Me sorprendí estrangulando un ejemplar de "A Quemarropa" al ver lo que se movía a mi alrededor. El recinto se estaba llenando... "como la sangre que derrama en el lugar del crimen, los visitantes llenaban el interior de la carpa", escribí mentalmente.

Abandonar esa sintaxis, ignorar los estímulos... eso mismo: se trataba de disfrutar de la primera tarde de la Semana. Porque no estaba solo. Pero estaba ocurriendo algo que no me sucedía desde que... a ver: es cierto que los espejismos no se habían ido del todo.

La indigestión de charlota, por alguna razón, me había devuelto el hábito de la escritura mental. Ya no había vuelta atrás.

Taibo II hablaba cuando, por encima de su acento mejicano, escuché el motor de un transporte verde. Al girarme ví que el vehículo estaba aparcado frente a la entrada pero sin ocupante. Una peluca naranjada colgaba sobre el volante. No tuve el valor de pellizcarme. Segundos antes las palabras de Nailand reverberaban bajo el toldo de la carpa: "nadie debe abandonar una pista por haberla conseguido en una mala digestión. Porque a ver, compañero: cuántas gastritis puedes contar en tu vida con estos efectos... Con los dedos de la mano, ¿verdad?... Cuando los detalles arruinan la ruina, bueno... termina tú la frase".

Un momento: ¿es una errata?... O eso o necesitaba descansar. Decidí sonreír: fue una agradable sorpresa ver que el teniente Nayland imitaba mi modo de escribir.

Lo cierto es que volvía a la Semana con una chica que un día antes carecía de rostro pero que no me recordaba a Eva, y con una historia en construcción que estaba llenando mi mente de andamios.

Taibo II arrancó sonrisas al público. Debí reirme pero no pude: ¿cómo sabía el hombre de la peluca color zanahoria que yo era gallego? No se notaba el acento y pocas personas lo sabían. Y lo más extraño: ¿por qué me había dejado con vida?

Digamos que pegué el acelerón sin moverme de la silla.

La cartografía de los crímenes se me apareció como en un holograma. Quedaban una media docena de parques por recibir nuevas víctimas. Soooo... la sonrisa de Sonia me frenó. Pero hubo algo más: desde las estanterías de cartón, Nailand sonrió mientras se desvanecía en el aire. Un aire con olor a churros y deseos que enseguida se llenó de aplausos.

Parecía el final de un primer acto. Algo me decía que vendrían más.

FIN

espacio

A QUEMARROPA

Por Christian Bartsch



Juan Miguel Aguilera y Alfonso Mateo-Sagasta.

Recurramos al tópico. La historia la escriben los vencedores. Los condicionantes que utilizan para hacerlo son de todo tipo, pero, resumiéndolo toscamente, todos se resumen en uno: el autobombo. Así que, en ocasiones, se producen inmensos socavones en su discurso, injustos y dolorosos olvidos que revuelven las conciencias. Situación más hiriente cuando los olvidados han sido héroes.

Éste ha sido el caso de los miles de republicanos españoles que, tras la guerra civil, se convirtieron en exiliados y continuaron su lucha contra el fascismo. Muchos de ellos acabaron en La 9, la división Leclerc, la misma que infringió la primera derrota a Rommel, la misma que entró la primera en la liberación de París, la misma que asaltó el Nido del Águila... ¿Españolitos aguerridos haciendo historia? ¿Pero como osaron? Inconcebible que estadounidenses, franceses y, sobre todo, españoles, reconocieran sus méritos. Tan inconcebible como injusto. Por suerte, autores como Alejandro Gallo o Paco Roca no han dudado en rescatar su memoria y contar su historia en dos obras de referencia: *Morir bajo dos banderas* y la novela gráfica *Los surcos del azar*, respectivamente. «Los soldados de la Segunda República son los grandes olvidados de la historia», coincidieron ambos en uno de los actos más emotivos de los que tuvieron lugar ayer en la carpa del Espacio A Quemarropa (EAQ). A esto se unió que «muchos de ellos no le daban importancia,

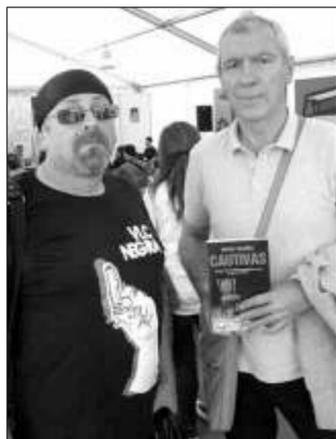
no querían hablar», remarcó Roca, que lamentó que estos héroes hayan sido reconocidos antes en Francia que en su propio país. De hecho, el próximo 24 de agosto, conmemoración del 75.º aniversario de la entrada de las tropas aliadas en París, se espera que La 9 sea convenientemente reconocida, tal y como apuntó Gallo. Ambos autores provocaron una de las colas de lectores más largas que se recuerdan en esta carpa para conseguir sus firmas.

La actividad en el EAQ había arrancado con la presentación de *Ronin*, de Francisco Narla. «Cuando comencé a leerlo, el libro me enfadó mucho, porque es la obra que siempre me hubiese gustado escribir», comentó Juan Miguel Aguilera, que acompañó a Narla en la mesa. La novela se basa en la expedición samurai que arribó a Sevilla en el siglo XVII, dejando tras de sí un buen número de familias que en la actualidad se apellidan Japón. «El uso de las palabras para el literato es como el uso de la fotografía para el director de cine», resaltó Narla. El escritor reflexionó sobre el choque de culturas que supuso el encuentro entre occidentales y orientales antes de describirse a sí mismo como un lector «pedante», que deja la lectura si capta algún error de documentación. Esto le lleva a su vez a ser un escritor obsesionado por ella. «Esta novela lleva detrás muchos días de 20 horas de trabajo, así que si no les gusta, no me la tiren a la cabeza, porque además pesa lo suyo». Damos fe.



Juan Miguel Aguilera y Francisco Narla.

La siguiente presentación fue la de *Cautivas*, obra de Miguel Pajares que aborda la tragedia del secuestro y tráfico de mujeres obligadas a ejercer la prostitución, una realidad que está ahí, más allá de que aparezca cada día en los medios de comunicación, tal y como comentó Carlos Salem, que condujo la cita. Muchas de las historias reflejadas en este título están basadas en situaciones reales. «A través de palizas y violaciones, anulan a estas mujeres que acaban creyendo que sus únicos protectores son sus captores», explicó Pajares, una destrucción de un ser humano que se da en muchos casos con la colaboración de las policías de fronteras que permiten que las mujeres pasen de un país a otro incluso sin documentación. «Lo que quería era hacer una obra de ficción, pero que la información incluida en ella fuera como la de un ensayo, que el lector, cuando la terminara, estuviera más informado sobre esta situación», comentó Paja-



Carlos Salem y Miguel Pajares.

res. Y lo ha logrado, a tenor de la recepción obtenida por la novela desde las asociaciones y organizaciones que trabajan con estos colectivos.

Y del realismo más crudo a la ficción más evocadora, que ya saben que en esto consiste la Semana Negra. Juan Miguel Aguilera regresó a la carpa para presentar *Sindbad en el país del sueño*, una obra heredera de la fantasía oriental que le cautivó desde pequeño. Aguilera nos presenta a Sindbad desde un punto de vista histórico, realista, para lo cual llevó a cabo un gran proceso de documentación. Hacer una novela «realista» en la que aparezcan genios y alfombras voladoras es todo un reto, por ello el autor no huye de incluir elementos fantásticos y de ciencia-ficción que recompensan la curiosidad del lector. Aguilera estuvo acompañado por Alfonso Mateo-Sagasta, quien presentó a ambos como hermanos gemelos nacidos el mismo día, el mismo año, pero en diferentes ciudades. Casualidades de la vida.

Y de nuevo un presentador que se convirtió en presentado. Carlos Salem volvió al EAQ con *Muerto el perro*, para cuya presentación contó con Marcelo Luján, quien recordó la noche en la que Salem, paquete de cigarrillos mediante, le contó toda la nove-



Paco Roca, José Manuel Estébanez y Alejandro Gallo.

la incluso antes de escribirla. El libro cuenta el despertar de una mujer educada en un catolicismo férreo y en la idea de que la belleza y el deseo es pecado, que descubre que los últimos veinticinco años de su vida han sido mentira: su marido finge su muerte para fugarse con una joven rusa robándole todo el dinero, no sin antes haberla hecho creer que ella era estéril (cuando el estéril era él) y tras ponerle los cuernos con su mejor amiga... Salem se mete en la cabeza de la protagonista, Piedad, y la acompaña en este camino en el que termina haciéndose dueña de su destino, dejando unos cuantos cadáveres a su paso. «Una lectura que no debe perderse toda mujer mayor de 30 años», comentó Luján; «en realidad, toda mujer» apostilló Salem.

Yexus y Lorenzo Díaz condujeron la siguiente cita, una deliciosa charla con Juan Giménez. El dibujante realizó un recorrido por su trayectoria, una carrera que lo ha convertido en uno de los artistas indispensables a un lado y otro del Atlántico. En *Yo, dragón*, uno de sus últimos trabajos, ha dado un salto de la ciencia ficción que caracteriza la mayor parte de su trabajo a la temática fantástica. «Quería dibujar la transformación de un hombre en un dragón. Esa fue la idea básica, pero sin recurrir a la magia, buscando un trasfondo realista, una base verosímil para el lector», explicó. Luego cambió la idea, que fuera una chica, «para que la potencia de la transformación fuera mayor». A partir de ahí, fue tejiendo toda la historia. A golpe de anecdotario de su vida profesional, impagable, Giménez cautivó al público con su humor y su verbo fácil, casi tan brillante como su arte. Sólo casi.

A esas alturas, los relojes ya se habían pasado de rosca y los horarios de las charlas habían saltado por los aires. Así que raudos y veloces llegaron Alejandro Caveda y Jesús Cañadas para presentar la novela de éste último,

titulada *Los nombres muertos*. Saltándose los cánones se sentaron en la parte delantera de la mesa para hablar de un libro que convierte a H. P. Lovecraft en personaje en la búsqueda del mítico *Necronomicón*. «A pesar de ser una historia *lovecraftiana*, no es un libro de terror, sino un relato de aventuras», explicó Cañadas, que llegó a conectar la obra con Indiana Jones, una de sus principales inspiraciones. «Metí en ella todo lo que me mola: nazis, ocultismo, viajes...», apuntó. Y además, durante un viaje a Providence, tuvo la posibilidad de tener en sus manos correspondencia escrita por el propio Lovecraft. ¿Y les extraña que Cañadas se autodenominara «frikis»?

La actividad en la carpa culminó con la presentación de *Memoria de tinieblas*, obra de Eduardo Vaquerizo. El autor estuvo acompañado por Alejandro Caveda, que esta vez sí se pudo sentar como es debido. Al igual que en su novela precedente, *Danza de tinieblas*, Vaquerizo presenta una ucronía, una historia alternativa en la que juega con géneros como la novela de aventuras, de capa y espada, del Oeste, la novela de histórica, la ciencia ficción... «A la hora de explicar mis libros, tengo que reivindicar la idea de «jugar con», la idea de divertirme. Es una mezcla de elementos que meto en una coctelera, agito y veo lo que sale», explicó el escritor. En esta ocasión, Vaquerizo se carga a Felipe II y se pregunta qué Madrid podríamos visitar dos siglos después de su muerte, cómo habría cambiado España si su reinado hubiese terminado mucho antes. Tal vez Felipe VI sería hoy un camarero en un chiringuito de playa, quién sabe.

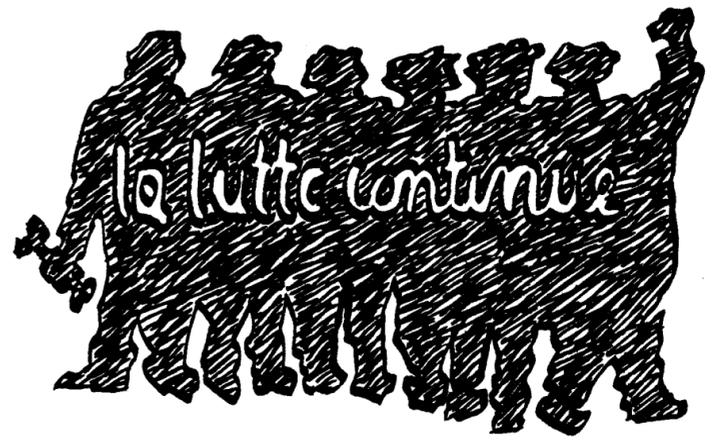
Y así llegamos al final de la jornada en el EAQ, apurando los minutos al máximo ante la llegada de hoy sábado, cuando escribiremos el punto final. Por el momento, ponemos un punto y seguido, porque esto es la Semana Negra y, aunque ya divise su ocaso por este año, continúa.



Lorenzo Díaz, Juan Giménez y Yexus.

PROGRAMA
SÁBADO 12

- 11.00** Inicio de la distribución gratuita del número 9 de *A Quemarropa*.
- 17.00** **Apertura del recinto de la SN:** Feria del Libro. Mercadillo interétnico. Música en el recinto. Terrazas. Atracciones de feria.
- Apertura de **exposiciones:**
- JOSÉ MUÑOZ (carpa de Exposiciones).
- MUNDOS DEL TRABAJO (carpa del Encuentro).
- VOY A LA ESCUELA (calle Palafox).
- FOTO Y PERIODISMO.
- 17.30** (Carpa del Encuentro-CdE) *Crisis. Humor. Censura*. Con Lovewilltearusaznar y Albert Monteys. Modera Ángel de la Calle.
- 17.30** (Espacio A Quemarropa-EAQ) Presentación de *La muerte del espía con bragas*, de José Fernando Mota y Javier Tébar. Con José Manuel Estébanez.
- 17.30** (Carpa Biblioasturias.com-CB) Cuentacuentos. Con Merche Medina.
- 18.00** (CdE) Homenaje: *Mujeres del carbón*. Con Anita Sirgo, Raquel Arce, Raquel Valbuena y Yolanda Fernández. Conduce Rubén Vega.
- 18.00** (EAQ) Presentación de *El reino de los hombres sin amor*, de Alfonso Mateo-Sagasta. Con Luis Sepúlveda.
- 18.00** (CB) Encuentro con los lectores: Luis García Montero.
- 18.30** (EAQ) *Ascenso y caída de la novela gráfica*. Con José Manuel Trabado, Matt Madden, Jessica Abel, Iñaki Echeverría, Pepe Gálvez, Jesús Moreno y Lorenzo Díaz. Conduce Yexus.
- 18.45** (CB) Presentación de *La juventud invisible. Informe Raxen contra la xenofobia y el racismo*. Con Olga Hurtado Azategui y Aby Athman. Asociación Saharai (COSARA).
- 19.00** (CdE) Presentación de *Legado en los huesos*, de Dolores Redondo. Con Alfonso Mateo-Sagasta.
- 19.15** (CB) Cuentacuentos. *De boca en boca*. Con La Sonrisa del lagarto.
- 19.30** (EAQ) Presentación de *Alguien dice tu nombre*, de Luis García Montero. Con Miguel Barrero.
- 19.30** (CdE) *730 mujeres asesinadas en diez años. Diez años de ley integral contra la violencia de género*. Con María Martín, María Pérez González y Dulce Gallego. Acto final de la entrega de zapatos.
- 19.45** (CB) *Versión infantil*. Con Albert Monteys (Carlitos Fax). Con Yexus y Sergio.
- 20.00** (EAQ) Presentación de MAR Editor. Con David J. Skinner, Manuel Vidal, José G. Cordonié y Miguel Ángel de Rus. Conduce Pedro Antonio Curto.
- 20.15** (CdE) Presentación de *Oigo sirenas en la calle*, de Adrian McKinty. Con Juan Madrid.
- 20.15** (CB) Presentación de *Melancolía y otros pájaros*, de Alicia Andrés Ramos.
- 20.45** (CB) Debate: *Experiencias en talleres de lectura en las bibliotecas públicas*. Con Fernando Menéndez, Gustavo Fernández, Pablo García y Consuelo Veiga.
- 21.00** (CdE) **Presentación y entrega del libro *todos los cuentos el cuento***. Con Ángel de la Calle y José Luis Paraja.
- 22.00** (CdE) Foto y periodismo.
- 22.30** Concierto en el Escenario Central:
- Finalistas del concurso de bandas. Carpa electrónica**
- 23.45** (CdE) Foto y periodismo: proyecciones audiovisuales.



LA LUCHA CONTINUA

EL DIRECTOR DE AQ RECOMIENDA

Ángel de la Calle, maestro y mentor en esto de dirigir el *periodiquín*, me advirtió el año pasado, antes de mi debut como supuesto mandamás —el auténtico mandamás es el supuesto maquetador, que anteayer se me amotinó negándose a incluir en las centrales sobre tortura una espléndida viñeta de **Joan Mundet** en la cual aparecía un cura agarrando una pistola: «hay que respetar a la Santa Madre Iglesia», sentenció—, antes de mi debut, digo, como mandamás del decano de la prensa negra universal, Ángel de la Calle, digo, me advirtió acerca del principal gaje de este oficio: tener que lidiar de vez en cuando con gentes furibundas y atrabiliarias que lo abordan a uno de pronto mientras pasea plácidamente por la Semana comiéndose su ración diaria de churros de La Gloria, a fin de abroncarle porque en el *periodiquín* no hablaríamos de su libro. Que da igual, me decía Ángel, que les digas que las limitaciones de espacio, que la falta de redactores o que el sursuncorda. Que ellos quieren que hables de su libro, que han venido aquí a hablar de su libro, que a ver qué va a ser eso de que el *periodiquín* no hable de su libro.

Me libré en 2013: aún no me conocían. Este año empiezan a conocerme pese a mis denodados intentos por pasar desapercibido, y ayer viví mi bautismo de fuego. Fue uno suavecito, *grâce à Dieu*. Aún así, como soy muy generoso o muy cagueta según se mire, no me he atrevido a no plegarme a la reclamación de **Lourdes Pérez**. El resultado está ahí abajo. Hasta lo he titulado en francés.

El caso es que merece mucho la pena, **Dominique Manotti**. No la cubrí porque yo que sé, no porque no se lo mereciera tanto como **Maruja Torres**, **Javier Pérez Andújar** o la mesa redonda sobre fútbol. Manotti es muy pero que muy roja y está muy cabreada con su país, y ambas cosas molan mucho, y son muy necesarias. La rojez y el cabreo.

Lean a Manotti. Lo último suyo publicado en España es *La honorable sociedad*, «una trepidante novela negra que aborda todos los problemas de hoy: fraude electoral, corrupción financiera e inmobiliaria, escándalos».

Lean, sí, a Manotti. Lean, también, a **Luis García Montero**, que viene a presentar *Alguien dice tu nombre*, una magnífica novela ambientada en la España «triste y encogida» de los años sesenta, con el *továrich* **Miguel Barrero**. Lean a **Dolores Redondo**, flamante ganadora del Premio SN-BAN! Lean a los otros ganadores de nuestra larga lista de premios: **Alexis Ravelo**, que ha ganado el Hammett; **Francesc Escribano**, que ha ganado el Walsh con una espléndida biografía del maestro que prometió el mar; **Mariano Quirós**, joven promesa argentina que ha ganado el Cañada; **Jon Bilbao**, ganador del Espartaco; **Elia Barceló**, que ha ganado el Celsius.

Lean, en general. Ya saben que «el que lee mucho y anda mucho, ve mucho y sabe mucho», que decía **Cervantes**.

NOUS N'OUBLIONS PAS



...a **Dominique Manotti**, historiadora y escritora parisina que llegó a esta Semana Negra a presentar su espléndida y combativa serie de novelas negras ambientadas en las luchas políticas y sociales francesas de los años ochenta, así como sus no menos espléndidos *romans* sobre la ocupación nazi de Francia o la figura del banquero estafador **Bernie Madoff** y las reformas neoliberales de la era **Reagan** que facilitaron el fraude. De ella dice **José Luis Argüelles** que «su prosa tiene una doble mirada: la exacta geometría de **Flaubert** y los aceros de **Hammett**».

MÁS TARDE EN LA CARPA DEL ENCUENTRO

00:45 h. Música: —KIKE FLAYING — ROKANROY

PROGRAMA PARALELO

17:00 h. LIBRERÍA BOSQUE MITAGO: firmarán Cristina Caviedes, Juan Miguel Fernández, Sonia Córdoba y Alberto Valverde.